

» ledad, y me he hecho como el buho en el domicilio » y como el pájaro solitario en el tejado » (1). Las cuales palabras, fuera de su sentido literal (que atestiguan como este gran Rey reservaba algunas horas á la soledad en la contemplación de las cosas espirituales), nos muestran en su sentido místico tres excelentísimas retiradas y como tres ermitas, en las cuales podemos ejercer nuestra soledad á la imitación de nuestro Salvador, el cual en el monte Calvario fué como pelícano de la soledad, que con su sangre da vida á sus polluelos muertos; en su natividad, en un pesebre desierto, fué como el buho en el domicilio, plañendo y llorando nuestras faltas y pecados; en el día de su ascensión, fué como el pájaro solitario, retirándose y volando al cielo, que es como techo del mundo; y en todos estos lugares podemos hacer nuestras retiradas en medio de la confusión de los negocios. El bienaventurado Elizario, conde de Arian, en Provenza, habiendo estado mucho tiempo ausente de su devota y casta Delfina, ella le envió un correo para que la trajese nuevas ciertas de la salud de su esposo; y él respondió: Yo estoy bueno, mi amada compañía, y si me quisiéreis ver, buscadme en la llaga del lado de nuestro dulce Jesús, porque allí es donde yo habito y donde vos me hallaréis; y en otra parte será buscarme en vano (2). Con razón se podía llamar á este caballero cristiano.

(1) Salmos, ci, 7, 8.

(2) In vita B. Elz. c. xxx (Apud Surinium, die 27 Sept.)

## CAPÍTULO XIII

DE LAS ASPIRACIONES, ORACIONES JACULATORIAS Y BUENOS PENSAMIENTOS.

Retírase á Dios por cuanto se aspira á él, y aspírase para retirarse; de manera que la aspiración en Dios y la retirada espiritual, se conservan la una á la otra, y ambas provienen y nacen de los buenos pensamientos.

Aspira, pues, á menudo en Dios, Filotea, por cortas pero ardientes salidas de tu corazón; admira su hermosura; invoca su ayuda; échate en espíritu al pie de la cruz; adora su bondad; pregúntale á menudo por tu salud; dale mil veces al día tu alma; fija tus ojos interiores en su dulzura; alárgale la mano como un niño á su padre para que él te conduzca; ponle sobre tu pecho como un ramillete regalado; arbóla en tu alma como un estandarte; y haz mil suertes de diversos movimientos en tu corazón para darte á ti misma el amor de Dios y ejercitarte en una apasionada y tierna dilección de este divino Esposo.

Así se hacen las oraciones jaculatorias que el gran san Agustín aconseja cuidadosamente á la devota dama Proba (1), Filotea, nuestro espíritu, si se da al trato, privanza, y familiaridad de su Dios, se perfumará todo de sus perfecciones; y, mirado bien, no es nada dificultoso este ejercicio, porque se puede entrelazar en todos nuestros negocios y ocupaciones sin que por eso

(1) Ep. cxxx, c. x.

se estorben, por cuanto sea en el retrete espiritual ó sea en estos asaltos interiores, no se hacen sino pequeños y cortos divertimientos, los cuales no estorban de ninguna manera; antes sirven mucho al progreso de lo que hacemos. El peregrino que toma un poco de vino para alegrar el corazón y refrescar la boca, aunque se detiene un poco, no por eso rompe el camino; antes recibe fuerzas para acabarle más presto y más fácilmente, no deteniéndose sino para poder mejor andar.

Muchos han juntado diversas aspiraciones vocales, que verdaderamente son muy útiles; pero á mi parecer, Filotea, no te atarás á ninguna suerte de palabras; antes pronunciarás, ó de boca ó de corazón, las que el amor te enseñare, porque él te dará las mejores. Verdad es que hay ciertas palabras que tienen particular fuerza para contentar el corazón en este particular, como son los fervorosos asaltos que tan á menudo hallarás en los salmos de David; las invocaciones diversas del nombre de Jesús; los pasos de amor que están impresos en el Cántico de los Cánticos; y las canciones espirituales sirven también al mismo efecto, cantándose con atención.

En fin, como los que están enamorados de un amor humano y natural tienen casi todos los pensamientos en la cosa amada, lleno el corazón de afición para con ella, la boca llena de sus alabanzas, no perdiendo en ausencia ocasión de mostrar por cartas su afición, ni hallando árbol en cuya corteza no escriban el nombre de quien aman, así los que aman á Dios no pueden cesar de pensar en él, respirar por él, aspirar á él y hablar de él; y quisieran, si fuese posible, grabar en el

pecho de todas las personas del mundo el santo y sagrado nombre de Jesús.

Á lo cual todas las cosas los convidan, y no hay criatura que no les anuncie la alabanza de su bien amado; y como dice san Agustín (1), después de san Antonio (2), todo cuanto hay en el mundo los habla con una lengua muda, pero muy inteligible, en favor de su amor: todas las cosas los provocan á buenos pensamientos, de los cuales nacen después muchas salidas y aspiraciones en Dios. Y ves aquí algunos ejemplos.

San Gregorio, obispo de Nacianzo (3) (según él mismo contaba á su pueblo), paseándose á las orillas del mar, consideraba como adelantándose las olas sobre la tierra, dejaban almejas, conchuelas, caracolillos, tallos de yerbas, ostrecillas pequeñas, y semejantes menudencias que la mar desechaba, ó por manera de decir, escupía á las orillas; y volviendo después con nuevas olas, tornaba á recoger parte de lo que había dejado, mientras que las rocas de alrededor quedaban firmes é inmóviles, por más que las combatía con la resaca furiosa continuada. Sobre esto fabricó este espiritual pensamiento: que los flacos, como las almejas, conchuelas y caracolillos, se dejan llevar, ya á la afición, y ya á la consolación, puestos á la voluntad de las ondas y olas de la fortuna; pero que los grandes ánimos, quedan firmes é inmóviles á cualquier suerte de borrasca; y de este pensamiento hizo nacer estos fervorosos afectos de David: «¡Oh Señor! sálvame,» porque las aguas han penetrado hasta mi alma. ¡Oh

(1) Enarrat. II, in Ps. xxvi, § 12, et alibi.

(2) Socrates, *Hist.*, lib. IV, c. xxiii.

(3) Orat. xxvi, §§ 8, 9.

» Señor! líbrame del profundo de las aguas, que me  
 » han llevado al profundo de la mar, y la tempestad me  
 » ha sumergido » (1) porque entonces se hallaba en  
 grande aflicción, viendo que Máximo intentaba usurpar  
 su obispado. San Fulgencio, obispo de Ruspa, hallán-  
 dose en una junta general de la nobleza romana, la  
 cual hacía Teodorico, rey godo, y viendo el resplandor  
 de tantos señores que estaban en hilera, cada uno según  
 su calidad, dijo: « ¡Oh, Dios mío, y cuán hermosa  
 debe de ser la Jerusalén celeste, pues aquí abajo se  
 » ve tan pomposa Roma la terrestre! Y si en este mun-  
 » do alcanzan tanto resplandor los amadores de la  
 » vanidad, ¿qué gloria será la que en el otro mundo  
 » se reserva para los amadores de la verdad? » (2) Dí-  
 cese que san Anselmo, arzobispo de Cantorbery (cuyo  
 nacimiento han con extremo honrado nuestras monta-  
 ñas) (3), era admirable en esta práctica de buenos pen-  
 samientos. Una liebre perseguida de los perros, fué á  
 guarecerse debajo del caballo de este santo prelado  
 (que por entonces hacía una jornada), como á un refu-  
 gio que la salvaría del inminente peligro de la muerte;  
 y los perros, ladrando alrededor, no osaban acometer  
 ni violar la inmunidad á la cual la presa había encami-  
 nado su curso; espectáculo cierto, extraordinario, y que  
 hacía reír todos los asistentes mientras el gran Ansel-  
 mo lloraba y gemía. « Vosotros os reís (decía); mas la  
 » pobre bestia no se ríe: los enemigos del alma perse-  
 » guida y mal guiada por diversos rodeos en mil suer-

(1) Salmos, LXVIII, 1, 15, 3.

(2) Vita S. Fulgen., a quodam discipulo conscripta, c. XIII.

(3) Alude á la cuna de S. Anselmo, ó sea Aosta, situada en los con-  
 fines del Piamonte y la Saboya.

» tes de pecados, espéranla al estrecho de la muerte  
 » para arrebatarla y tragársela; y ella, espantosa y me-  
 » drosa, busca por todo socorro y refugio, y si no le  
 » halla, sus enemigos se burlan y ríen.» Dicho esto  
 prosiguió su camino gimiendo y suspirando (1). Con-  
 stantino el Magno, escribió con mucha reverencia á  
 san Antonio, de lo que los religiosos que estaban al-  
 rededor de él se espantaron mucho; y él les dijo:  
 » ¿Cómo os espantáis vosotros de que un rey escriba  
 » á un hombre? Espantaos antes de que Dios eterno  
 » ha escrito su ley á los mortales, hablándoles boca á  
 » boca en la persona de su Hijo » (2). San Francisco,  
 viendo una sola oveja en medio de una tropa de ca-  
 bras, dijo á su compañero: « Mira, y ¡cuán mansa va  
 » la pobre oveja en medio de tantas cabras! Así iba  
 » nuestro Señor, manso y humilde, entre los fari-  
 » seos » (3). Viendo otra vez un pequeñuelo corderi-  
 llo, que le comía un puerco, dijo: « ¡Oh, pobre cor-  
 » derillo, y cuán al vivo representas la muerte de mi  
 » Salvador! » (4).

Aquel gran personaje de nuestra edad, Francisco  
 de Borja, por entonces aún duque de Gandía, yendo  
 á caza, hacía mil devotas consideraciones. « Con razón  
 » debo admirarme (decía) de ver que los halcones vuel-  
 » ven á la mano, se dejan cubrir los ojos y atar á la  
 » percha, y que los hombres se muestren tan ariscos  
 » á la voz de Dios » (5). El gran san Basilio dice que

(1) Eadmer., in libro de S. Anselmi similitud., c. CLXXXIX.

(2) S. Athan. Vita S. Ant., § 81.

(3) Thom. de Celano, legenda antiqua. S. Franc. lib. I, c. IX.

(4) S. Bonavent. Vita S. Franc. c. VIII.

(5) Ribadeneyra, Vita S. Franc. Borgiæ, lib. I, c. V.

la rosa entre las espinas da á entender á los hombres lo siguiente: «Lo que es más agradable en este mundo, ¡oh mortales! está mezclado de tristeza: no hay cosa pura; el pesar sigue siempre á la alegría, la viudez al casamiento, el cuidado á la fertilidad, la ignominia á la gloria, el gusto á la honra, el disgusto á los regalos y la enfermedad á la salud. Es una hermosa flor (dice el Santo) la rosa; pero cáusame una gran trizteza, advirtiéndome de mi pecado, por el cual la tierra ha sido condenada á traer espinas» (1). Mirando una alma devota un arroyo, y viéndolo en él representado el cielo con sus estrellas en una noche serena, dijo: «¡Oh, Dios mío! estas mismas estrellas estarán debajo de mis pies cuando tú, Señor, me alojes en tus santos tabernáculos; y como las estrellas del cielo son representadas en la tierra, así los hombres de la tierra son representados en el cielo en la viva fuente de la caridad divina.» Viendo otro un río ondear y levantar olas, dijo así: «Mi alma no tendrá jamás reposo hasta que se vea anegada en el mar de la divinidad, que es su origen.» Y santa Francisca, considerando un agradable arroyo, á cuya orilla estaba arrodillada para hacer oración, fué arrebatada en éxtasis, repitiendo muchas veces estas palabras en baja voz: «La gracia de mi Dios camina y se extiende con tanta dulzura como este pequeño arroyuelo.» (2) Otro, viendo los árboles floridos, suspiraba, diciendo: «¿Por qué yo solo estoy sin flor en el jardín de la Iglesia?» Otro, viendo unos pequeños polluelos abrigados de las alas de la madre: «¡Oh Señor! (dijo) conservadnos

(1) Orat. de Paradiso, § 4 (hodie in Appendice.)

(2) And. Valladierus, Panegy. S. Franc. Rom. § VIII.

» debajo de la sombra de vuestras alas» (1). Otro, viendo el tornasol, dijo: «¡Cuándo será el tiempo, Dios mío, que seguirá mi alma las atracciones de tu bondad!» Y viendo otro en un jardín la flor que llaman pensamiento, hermosa á la vista, pero sin olor ninguno, repetía diciendo: «¡Ay de mí! tales son mis pensamientos: hermosos para dichos, mas sin efecto y producción.»

Ves aquí, Filotea, como se sacan los buenos pensamientos y santas aspiraciones de aquello que se presenta en la variedad de esta vida mortal. Desventurados son aquellos que desvían las criaturas de su Criador para allegarlas al pecado; y dichosos aquellos que las atraen á la gloria de su Criador y emplean su vanidad en honra de la verdad. «Cierto (dice san Gregorio Nacianceno) (2): yo he acostumbrado traer todas las cosas á mi provecho espiritual.» Lee el devoto epitafio que san Jerónimo hizo á santa Paula (3), porque es un gran consuelo ver cuán sembrado está de aspiraciones y contemplaciones sagradas, de las cuales usaba ella en cualquier suerte de ocasiones,

En este ejercicio del retrete espiritual y de las oraciones jaculatorias, se funda la grande obra de la devoción, y puede suplir la falta de todas las otras oraciones; pero la suya casi no puede ser reparada por ningún otro medio. Sin este ejercicio no se puede usar bien de la vida contemplativa, y aun no podría, sino mal, ejercerse la vida activa. Sin él el reposo no es sino ociosidad y el trabajo congojoso aprieto. Por esto,

(1) Salmos, XVI, 8.

(2) Orat. XXVI, §§ 8, 9.

(3) Ep. CVIII, ad Eustach. in Epitaph. Paulæ, § 20.

pues, procuro persuadirte le abracés con todo tu corazón, sin que jamás te apartes de él.

## CAPÍTULO XIV

### DE LA SANTÍSIMA MISA Y CÓMO SE HA DE OIR.

Aun no te he hablado, mi Filotea, hasta ahora del sol de los ejercicios espirituales, que es el santísimo, sagrado y soberano sacrificio y sacramento de la misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina y por el cual Dios, aplicándose realmente á nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores.

2. La oración que se hace en la unión de este divino sacrificio, tiene una fuerza indecible; de suerte, Filotea, que por él abunda el alma de celestes favores, como apoyada en su verdadero bien, el cual la hinche (1) de manera, de olor y suavidad espiritual, que parece una columna de humo de madera aromática, de mirra, de incienso y de todos los polvos odoríferos, como se dice en los Cánticos (2).

3. Procura, pues, con todas veras hallarte todos los días en la santa misa para ofrecer, juntamente con el sacerdote, tu Redentor á su santo Padre, por ti y por toda la Iglesia, hallándose siempre los ángeles presentes en gran número (como dice san Juan Cri-

(1) Cantares, viii, 5.

(2) Idem, iii, 6.

sóstomo) (1) para honrar este santo misterio; y hallándonos nosotros con ellos, y con una misma intención, no podemos dejar de recibir muchas influencias propicias por medio de tal compañía. Los corazones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante se vienen á atar y juntar á nuestro Señor en esta divina acción, para que con él, en él y por él arrebatemos el corazón de Dios Padre, haciendo su misericordia muy de nuestra parte. ¡Qué dicha tiene una alma en contribuir devotamente sus aficiones y deseos por un bien tan precioso y digno de desear!

4. Si por alguna forzosa ocupación no pudieras hallarte presente á la celebración de este soberano sacrificio, á lo menos será necesario asista tu corazón con una espiritual presencia. Á cualquier hora, pues, de la mañana, irás en espíritu, si no pudieras de otra manera, á la iglesia: unirás tu intención á la de todos los cristianos, y harás las mismas acciones interiores, en el lugar donde estuvieres, que hicieras si estuvieras realmente presente al oficio de la santa misa en alguna iglesia.

5. Para oír ó real ó mentalmente la santa misa como conviene:

1. Desde el principio hasta que el sacerdote se halla llegado al altar, harás con él la preparación, la cual consiste en ponerse en la presencia de Dios, conocer tu indignidad y pedir perdón de tus faltas.

2. Desde que el sacerdote esté en el altar hasta el evangelio, considera la venida y vida de nuestro Señor en este mundo con una simpley general consideración.

(3) De Sacerd. lib. VI, § 4.

3. Después del evangelio hasta después del Credo, considera la predicación de nuestro Salvador; protesta de querer vivir y morir en la fe y obediencia de la santa palabra y en la unión de la santa Iglesia católica.

4. Después del Credo, hasta el Pater noster, aplica tu corazón á los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que son actual y esencialmente representados en este santo sacrificio, el cual, con el sacerdote y demás pueblo, ofrecerás á Dios Padre, á honor suyo y por tu salud.

5. Después del Pater noster, hasta la comunión, procura levantar en tu corazón mil deseos, pidiendo en ellos el estar para siempre junta y unida á tu Salvador por amor eterno.

6. Después de la comunión, hasta el fin, da gracias á su divina Majestad por su encarnación, por su vida, por su muerte, por su pasión y por el amor que nos asegura en este santo sacrificio, pidiéndole por él te sea siempre propicio, á tus parientes, á tus amigos y á toda la Iglesia; y humillándote de todo tu corazón, recibirás devotamente la bendición divina, que nuestro Señor te da por mano de su sacerdote.

Pero si quieres durante la misa hacer tu meditación sobre los misterios que vas continuando de día en día, no será menester que te diviertas en estas particulares acciones; antes bastará que al principio endereces tu intención á adorar y ofrecer este santo sacrificio por medio del ejercicio de tu meditación y oración, pues en toda meditación se hallan las acciones arriba dichas, ó expresa ó tácitamente, ó en virtud.

## CAPÍTULO XV

### DE LOS OTROS EJERCICIOS PÚBLICOS Y COMUNES.

Fuera de esto, Filotea, es menester hallarse las fiestas y domingos al oficio de horas y vísperas, mientras te dieren lugar tus obligaciones, porque estos días son dedicados á Dios y conviene en ellos mostrar más acciones de virtud á honra y gloria suya. Sentirás mil dulzuras de devoción por este medio, como decía san Agustín, el cual nos muestra en sus Confesiones (1), que oyendo los oficios divinos al principio de su conversión, su corazón se deshacía en suavidad y sus ojos en lágrimas de piedad. Y es cierto (y esto quede dicho para adelante) que encierran siempre mayor bien y consuelo los oficios públicos de la Iglesia que no las acciones particulares, por cuanto ha Dios ordenado que la unión prefiera á toda suerte de particularidad.

Entra de buena gana en las cofradías del lugar donde resides, y particularmente en aquellas cuyos ejercicios traen más fruto y edificación, porque en esto mostrarás una especie de obediencia muy agradable á Dios, que aunque las cofradías no son expresamente mandadas, son con todo eso encomendadas por la Iglesia; la cual, para mostrar que desea que muchos entren en ellas, da indulgencias y otros privilegios á los cofrades. Fuera de esto, es siempre una obra de mucha caridad el concurrir con muchos y cooperar con ellos por sus buenos designios. Y aunque puede acaecer usar

(1) Lib. IX, cap. vi, vii.

de tan buenos ejercicios retiradamente, como se usan en las cofradías en común, y que podría ser te gustase más de usarlos en particular, con todo eso Dios es más glorificado en la unión y contribución que le hacemos de nuestras buenas obras con nuestros hermanos y prójimos.

Lo mismo digo de todas suertes de oraciones y devociones públicas, á las cuales debemos, cuanto nos sea posible, mostrar buen ejemplo para la edificación del prójimo y particular nuestro, encaminándolo todo á la gloria de Dios é intención común.

## CAPÍTULO XVI

QUE SE HAN DE HONRAR É INVOCAR LOS SANTOS.

Pues nos envía Dios tan á menudo las inspiraciones por sus ángeles, también debemos nosotros, y por el mismo medio, enviar al cielo nuestras aspiraciones. Las santas almas de los difuntos, que están en el paraíso con los ángeles, y como dice nuestro Señor, (1) iguales y parejos á los Angeles, hacen también el mismo oficio de inspirar en nosotros y aspirar por nosotros mediante sus santas oraciones.

Filotea mía, juntemos, pues, nuestros corazones á estos celestes espíritus y dichosas almas, porque así como los pequeños ruiseñores aprenden á cantar con los grandes, así, por el santo comercio que harémos con

(1) S. Mateo, xxii, 30.

los santos, sabremos mejor rezar y cantar alabanzas divinas. « Yo diré el salmo (decía David) á la vista de los ángeles » (1).

Honra, reverencia y respeta con un especial amor la sagrada y gloriosa virgen María, que pues es madre de nuestro soberano Padre, por consiguiente será nuestra abuela. Valgámonos, pues, de ella, y como hijos suyos, arrojémonos en su regazo con una confianza perfecta; á cualquier hora y en cualquier ocurrencia, invoquemos esta dulce y piadosa madre; invoquemos su amor maternal y procuremos imitar sus virtudes; sea para con ella siempre nuestro corazón como el de un hijo para con su madre. Hazte muy familiar con los ángeles; míralos á menudo invisiblemente presentes á tu vista; y sobre todo, ama y reverencia el de tu obispado, al cual estás encomendada; también los de las personas con quien vives, y especialmente el tuyo; suplícalos á menudo, alábalos de ordinario, y pídeles su ayuda y socorro en todos tus negocios espirituales ó temporales para que cooperen en tus santas intenciones. El gran Pedro Fabro, primer sacerdote, primer predicador, primer lector de teología de la Compañía del nombre de Jesús, y primer compañero del bienaventurado Ignacio, fundador de ella, viniendo un día de Alemania, donde había hecho grandes servicios á honra y gloria de nuestro Señor, pasando á este obispado, lugar de su nacimiento, contaba que, habiendo pasado por muchos lugares de herejes, había recibido mil consuelos, saludando (luego que llegaba á cada parroquia), á los angeles protectores de ellas, en los

(1) Salmos, cxxxvii, 2.

cuales había conocido sensiblemente haberle sido propicios, así para librarle de las emboscadas de los herejes como para darle muchas almas blandas y dóciles á recibir la saludable doctrina; y decía esto con tanto espíritu, que una mujer de calidad (1), entonces moza, habiéndolo oído de su misma boca, lo contaba no há sino cuatro años (esto se entiende más de sesenta años después) con un extremo sentimiento. «El año pasado, » dice, recibí no pequeño consuelo consagrando un » altar en el mismo lugar y puesto donde fué Dios » servido naciese este grande varón, que fué en Villaret, aldea pequeña entre nuestras más ásperas montañas.»

Escoge algunos santos particulares, cuya vida puedas mejor gustar é imitar, teniendo en su intercesión una particular confianza. El de tu nombre ya se te señaló desde el bautismo.

## CAPÍTULO XVII

### CÓMO SE HA DE OIR Y LEER LA PALABRA DE DIOS.

Sé devota de la palabra de Dios, ya escuchándola en discursos familiares con tus amigos espirituales, ó bien oyéndola en el sermón. Oyela siempre con atención y reverencia; aprovéchate bien de ella y no permitas que se te caiga en tierra; antes la recibes como un precioso bálsamo dentro de tu corazón, á imitación

(1) Guillelmine d'Arenthon d'Alex (*Vie du B. Pierre Lafèvre*, par le P. A. Maurel S. J. lib. II, c. vii.)

de la santísima Virgen, que conservaba en él cuidadosamente todas las palabras que decían á su precioso hijo (1); acuérdate que nuestro Señor recoge las palabras que le decimos en nuestras oraciones, á medida de como recogemos las que él nos dice en la predicación.

Ten siempre á mano algún buen libro de devoción, como son los de san Buenaventura, de Gerson (2), de Dionisio Cartujano (3), de Luis Blosio (4), de Fray Luis de Granada, de Stela (5), de Arias, de Pinelo (6), de Avila, el Combate Espiritual, las Confesiones de san Agustín, las Epístolas de san Jerónimo, y otros semejantes; y lee cada día un poco con grande devoción, como si leyeras cartas misivas que los santos te hubieran enviado del cielo para mostrarte su camino y darte ánimo de ir allá. Lee también las historias de las vidas de los santos, en las cuales, como en un espejo, verás el retrato de la vida cristiana, y acomoda sus acciones á tu provecho, según tu manera de vivir; porque aunque es verdad que muchas acciones de santos no son absolutamente imitables para los que

(1) S. Lucas, II, 19.

(2) Cancelario, de la Universidad de París (1362-1429). Recomienda aquí el santo de un modo general las obras de aquel docto escritor, de quien habla en términos laudatorios en varias partes, principalmente en el *Tratado del amor de Dios* (prefacio y libro VII, capítulo IX); pero es indudable que tuvo en mente de un modo especial el libro de la *Imitación de Cristo*, que por aquel tiempo se designaba con el nombre del autor, á quien generalmente solía atribuirse. En sumo grado apreciaba el santo este libro, como puede verse en *L'Esprit de Saint François de Sales*, par J. P. Camus, parte III, § 12; VII, § 7; XIV, § 16.

(3) Dionisio Cartujano (Denis de Rickel), alemán (1402-1471).

(4) Louis de Blois, benedictino, oriundo de Flandes (1506-1566).

(5) Fray Diego de Stela, franciscano portugués (1524-1598).

(6) Luca Pinelli, jesuita italiano, muerto en 1607.

viven en medio del mundo, con todo eso pueden todas ser seguidas ó de cerca ó de lejos. La soledad de san Pablo, primer ermitaño, es imitada en tus retiradas espirituales y reales, de las cuales hablaremos (1), y hemos hablado (2); la extrema pobreza de san Francisco por la práctica de la pobreza, de que adelante trataremos (3), y así en lo demás. Es verdad que hay ciertas historias que nos dan más luz que otras para conducir nuestra vida, como la de la bienaventurada madre Teresa, la cual es admirable á este fin; las vidas de los primeros jesuitas, la del bienaventurado cardenal Borromeo (4), de san Luis, de san Bernardo, las crónicas de san Francisco, y otras semejantes. Hay otras donde hay más sujeto de admiración que de imitación, como la de santa María Egipciaca, de san Simón Estilita, de las dos santas Catalina de Sena y de Génova, de santa Angela, y otras tales, las cuales no dejan por eso de darnos un grande y general gusto del santo amor de Dios.

## CAPÍTULO XVIII

### CÓMO SE HAN DE RECIBIR LAS INSPIRACIONES.

Llamamos inspiraciones todos los atraimientos, movimientos, contradicciones, remordimientos interiores, luz y conocimiento que Dios obra en nosotros, previ-

- (1) En la parte V.  
 (2) En el capítulo xii.  
 (3) En la parte III, cap. xv.  
 (4) Fué canonizado en 1º. de Noviembre de 1610.

niendo nuestro corazón en su bendición (1) por su santo y paternal amor, para despertarnos, excitarnos, impelernos y acercarnos á las santas virtudes, al amor celeste, á las buenas resoluciones, y en suma á todo aquello que nos encamina á nuestro bien eterno. Esto es lo que el Esposo llama tocar á la puerta (2) y hablar al corazón de su Esposa (3), despertarla cuando duerme (4), gritarla cuando está ausente (5), convidarla á su dulzura, á coger manzanas y flores en su jardín (6), y á cantar y hacer resonar su dulce voz en sus orejas (7).

Usaré de una similitud para mejor hacerme entender. Para la entera resolución de un casamiento, deben intervenir tres acciones cuanto á la mujer que quieren casar: porque lo primero la proponen la parte; lo segundo agradece la proposición; y lo tercero consiente. Así, Dios, queriendo hacer en nosotros, por nosotros ó con nosotros, alguna acción de gran caridad, lo primero nos la propone por su inspiración; lo segundo la agradecemos; y en fin, en tercer lugar, consentimos. Porque así como para bajar al pecado hay tres gradas, la tentación, la delectación, el consentimiento, así hay también tres para subir á la virtud: la inspiración, que es contraria á la tentación; la delectación en la aspiración, que es contraria á la delectación en la tentación, y el consentimiento á la ins-

- (1) Salmos xx, 3.  
 (2) Cantares, v, 2.  
 (3) Isaías, xl, 2; Oseas, ii, 14.  
 (4) Cantares, v, 2.  
 (5) Idem, ii, 10, 13.  
 (6) Idem, v, 1; vi, 1.  
 (7) Idem, ii, 14.

piración, que es contrario al consentimiento en la tentación.

Quando la inspiración durase todo el tiempo de nuestra vida, no por eso seríamos de ninguna manera agradables á Dios, no tomando gusto en ella; antes su divina Majestad estaría ofendida, como lo estuvo de los israelitas cuando estuvo con ellos cuarenta años (como él mismo lo dice) solicitándolos á convertirse, sin que jamás quisiesen entenderle (1); causa por que, movida su ira contra ellos, juró que jamás entrarían en reposo (2). También el galán que hubiese largo tiempo servido á una dama, se hallaría muy desobligado, si después de tantos servicios, no quisiese ella de ninguna manera oír tratar de casamiento.

El gusto que se recibe en las inspiraciones, es una gran guía á la gloria de Dios, comenzando ya con él á agrandar á su divina Majestad; porque aunque ese deleite no es aún un entero consentimiento, es una cierta disposición que camina á él; y si es una buena señal y cosa muy útil el oír con gusto la palabra de Dios, que es como una inspiración exterior, también es bonísimo y agradable á Dios el recibir gusto en la inspiración interior. Este gusto y placer es el del cual, hablando la esposa sagrada, dice así: « Mi alma se ha deshecho de placer cuando mi bien amado habló » (3).

También el galán está contento con la dama que sirve, y se siente favorecido, viendo que la son sus finezas agradables y bien recibidas. Mas en fin, el consentimiento es el que acaba el acto virtuoso; por-

(1) Salmos, xciv, 10.

(2) Idem, vii, 11.

(3) Cantares, v, 6.

que si siendo inspirados y habiéndonos agrado la inspiración, no obstante esto, rehusamos el consentimiento á Dios, somos por extremo desconocidos y ofendemos grandemente á su divina Majestad, porque parece que en esto mostramos un grande menosprecio. Esto fué lo que sucedió á la Esposa; porque aunque la dulce voz de su bien amado la tocó en el corazón con una santa alegría, no por eso ella le abría la puerta, sino antes se excusó con una excusa muy frívola, de lo cual el Esposo, justamente indignado, pasó adelante y la dejó (1). También el galán que, después de haber mucho tiempo requerido la dama, y haberle mostrado estima y agradecimiento á sus servicios y que al fin se viese despedido y menospreciado, con más justa razón tendría sujeto de quejarse que si sus servicios no hubieran sido agradables ni favorecidos. Resuélvete, pues, Filotea, de aceptar de corazón todas las inspiraciones que será Dios servido de hacerte, y cuando llegaren recíbelas como á embajadores del Rey celestial, que desea tratar contigo casamiento. Oye con apacibilidad sus proposiciones, considera el amor con el cual eres inspirada, y estima y acaricia la santa inspiración.

Consiente, pero con un consentimiento cumplido, amoroso y constante, la santa inspiración; porque de esta manera, Dios, á quien no puedes obligar, se tendrá por muy obligado á tu afición; pero antes de consentir en las inspiraciones de las cosas importantes ó extraordinarias, para no ser engañada, aconsejate siempre con tu guía y padre espiritual para que examine si la inspiración es verdadera ó falsa, por cuanto

(1) Cantares, v, 6.

el enemigo, viendo un alma pronta á consentir en las inspiraciones, la propone muchas veces las que son falsas para engañarla; lo cual no pueda jamás hacer mientras que con una perfecta humildad obedeciere á su conductor.

Habiendo dado el consentimiento, es menester, con gran cuidado, procurar los efectos y venir á la ejecución de la inspiración, que es el colmo de la verdadera virtud; porque tener el consentimiento dentro del corazón sin venir á su efecto, sería como plantar una viña sin querer que llevase fruto.

A todo esto sirve maravillosamente el bien practicar el ejercicio de la mañana y las retiradas espirituales de que ya se ha tratado (1); porque por este medio nos preparamos á hacer el bien con una preparación, no sólo general, sino también particular.

## CAPÍTULO XIX

### DE LA SANTA CONFESIÓN.

Nuestro Salvador ha dejado á su Iglesia el sacramento de la penitencia y confesión para que en él nos lavemos de todas nuestras iniquidades todas y cuantas veces nos halláremos sucios. No permitas, pues, Filotea, que tu corazón quede mucho tiempo infectado del pecado, pues tienes un remedio tan fácil. La leona que se dejó cubrir del leopardo, va corriendo

(1) Capítulos x y xii.

á lavarse y limpiarse del hedor que después del acto siente; y esto, porque viniendo después el león, no se irrite (1). El alma que ha consentido el pecado debe tenerse asco de sí misma y limpiarse lo más presto que pueda, por el respeto que debe tener á los ojos de su divina Majestad, que la está mirando. ¿Por qué morirémos, pues, nosotros de muerte espiritual, teniendo un remedio tan soberano?

Confíesate humilde y devotamente cada ocho días, y siempre, si pudieres, cuando comulgares, aunque no sientas en tu conciencia ningún rastro de pecado mortal; porque por la confesión, no sólo recibirás absolución de los pecados veniales que confesarás, sino también una gran fuerza para evitar los de adelante, una gran luz para bien discernirlos y una gracia abundante para borrar toda la pérdida y daño que te habían traído. Practicarás así la virtud de humildad, de obediencia, de simplicidad y de caridad; y en sola esta acción de confesión, ejercitarás más virtud que en ninguna otra.

Ten siempre un verdadero disgusto de los pecados que confesares, por pequeños que sean, con una firme resolución de corregirte adelante. Muchos, confesándose, por costumbre, de los pecados veniales, ó como por manera de curiosidad, sin pensar de ninguna manera en corregirse, se quedan toda su vida cargados, y por este camino pierden muchos bienes y provechos espirituales. Si te confesares, pues, de haber mentido, aunque sin causar daño, ó de haber dicho alguna palabra desreglada, ó de haber juzgado, arrepiéntete y

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. VIII, c. xvi (al xvii).

ten firme propósito de enmendarte; porque es manifiesto engaño el confesarse de cualquier suerte de pecado, sea mortal ó sea venial, sin querer purgarse de él, pues la confesión no se instituyó sino á este fin.

No te contentes con decir tus pecados veniales cuanto á la obra, sino acúsate del motivo que te ha inducido á cometerlos. Por ejemplo: no te contentes con decir que has mentido sin ofender persona, sino también si ha sido por vanagloria, alabándote ó excusándote, ó por vana alegría, ó por obstinación. Si hubieres pecado en el juego, acúsate si ha sido por la codicia de la ganancia ó por el placer de la conversación, y así en los otros. Di también si te has detenido mucho en tu mal, por cuanto con el largo espacio del tiempo crece mucho ordinariamente el pecado; porque hay mucha diferencia de una vanidad pasajera, que habrá ocupado nuestro espíritu un cuarto de hora, á otra, en la cual se haya detenido nuestro corazón un día, dos ó tres, etc. Menester es, pues, decir la obra, el motivo y el espacio de tiempo de nuestros pecados; porque aunque comúnmente no haya obligación de tanta puntualidad en la declaración de los pecados veniales, y que de la misma manera no sea preciso el confesarlos, con todo eso los que quieren bien apurar y limpiar sus almas, para mejor alcanzar la santa devoción, debrían con mucho cuidado mostrar al médico espiritual el mal, por pequeño que sea, del cual quieren ser sanos.

No dejes de decir lo que se requiera para dar bien á entender la calidad de tu ofensa, como el sujeto que has tenido de encolerizarte ó de sufrir á alguno en su vicio. Por ejemplo: un hombre, el cual me desagrada,

me dirá alguna palabra ligera y de risa; yo lo tomaré á mala parte, y me irritaré á cólera. Y si otro, que me es agradable, me dice cosa mucho más digna de enojo, no por eso lo siento, sino antes me causa risa. Entonces diré á mi confesor: Yo me he arrojado á decir palabras enojosas á una persona, habiendo tomado á mala parte cierta cosa que me dijo; y esto no por la calidad de las palabras, sino por serme la tal persona enfadosa y desagradable; y si fuese menester particularizar las palabras, para mejor declararte, pienso que sería bueno decirlas; porque acusándose de esta manera, simple y llanamente, no sólo se descubren los pecados hechos, pero también las malas inclinaciones, costumbres, hábitos y otras raíces del pecado; con lo cual el confesor recibe un más entero conocimiento del corazón que trata y de los remedios que le serán propios. Es menester después de esto no declarar nunca el tercero que habrá cooperado en tu pecado, y esto cuanto te sea posible.

Repara en una cantidad de pecados que viven y reinan muy á menudo en la conciencia, para que te puedas limpiar de ellos, y á este efecto lee con atención el capítulo sexto, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta y cinco y treinta y seis de la tercera parte, y el octavo de la cuarta. No mudes fácilmente de confesor, sino en escogiendo uno, continúes en darle cuenta de tu conciencia en los días señalados para esto, diciéndole desnudamente los pecados que hubieres cometido, y de tiempo en tiempo, como digamos de mes á mes, ó de dos en dos meses. Dile también el estado de tus inclinaciones, aunque por ellas no hayas pecado, como si te hallas atormentado

de tristeza, de congoja, si te dejas llevar de la demasiada alegría y deseo de adquirir hacienda, y semejantes inclinaciones.

## CAPÍTULO XX

### DE LA FRECUENTE COMUNIÓN.

Dicen que Mitridates, rey del Ponto, habiendo inventado el Mitridático, reforzó con él de manera su cuerpo, que procurando después con muchas veras emponzoñarse (por no sujetarse al romano yugo), jamás le fué posible (1).

El Salvador ha instituído el sacramento de la Eucaristía, que contiene realmente su carne y su sangre, para que quien le come viva eternamente (2). Por esto cualquiera que le usa á menudo y con devoción, fortalece de manera la salud y la vida de su alma, que es casi imposible sea emponzoñado de ninguna suerte de mala afición ó depravado intento. No podemos ser sustentados de esta carne de vida y vivir de aficiones y deseos de muerte. Así como los hombres, viviendo en el paraíso terrestre, no podían morir, según el cuerpo, por la fuerza de aquel fruto vital que Dios había puesto en él, así pueden también no morir espiritualmente, por la virtud de este sacramento de vida; que si las frutas más tiernas y sujetas á corrupción, como son las cerezas, los albaricoques y las fresas, se conservan

(1) Aulus Gellius, *Noctes Atticæ*, lib. XVII, c. xvi.

(2) S. Juan, vi, 50-59.

fácilmente todo el año, estando en conserva de azúcar ó miel, no es de maravillar si nuestros corazones, aunque frágiles y débiles, se preservan de la corrupción del pecado estando en el dulce azúcar y miel de la incorruptible carne y sangre del Hijo de Dios. ¡Oh, Filotea, los cristianos que se condenarán y se hallarán sin réplica cuando el justo Juez les mostrará cuán sin razón murieron espiritualmente, siéndoles tan fácil el mantenerse en vida y salud por el alimento de su cuerpo, el cual les dejó á este fin! Miserables (dirá) ¿por qué os habéis muerto, teniendo á vuestro mandado el fruto y la vianda de vida?

El recibir la comunión de la Eucaristía todos los días, ni yo lo alabo ni tampoco lo vitupero; más el comulgar todos los domingos yo lo exhorto y aconsejo á cualquiera: y esto se entiende llegando á tener el espíritu sin ninguna gana y afición de pecar. Estas son las propias palabras de san Agustín (1), con el cual ni vitupero ni alabo absolutamente el comulgar cada día, sino antes dejo esto á la discreción del padre espiritual, del que se querrá resolver sobre este punto; porque la disposición necesaria para una tan frecuente comunión, antes de ser muy exquisita, no es bien ni se puede aconsejar generalmente. Y por cuanto esta disposición, aunque exquisita, se puede hallar en muchas buenas almas, tampoco se puede divertir ni disuadir en general; antes esto se debe tratar por la consideración del estado interior de cada uno en particular. Imprudencia sería el aconsejar indistintamente á

(1) De Eccl. Dogm., c. xxiii (al lmi). Este libro, atribuído á San Agustín por el *Corpus Juris Canonici*, es obra de Gennade de Marseille, muerto en 497. Así lo ha demostrado la crítica moderna.

todos este tan frecuente uso; pero también sería imprudencia el injuriar, por usarle, á alguno, y más cuando sigue el aviso ó parecer de su confesor. La respuesta de santa Catalina de Sena fué graciosa cuando, diciéndola (por verla comulgar tan á menudo) que san Agustín no alababa ni vituperaba el comulgar todos los días, respondió: «Pues san Agustín no lo vitupera, ruégoos no lo vituperéis vosotros tampoco, y con eso estaré contenta» (1).

Hallarás con todo esto otros muchos legítimos embarazos, no de tu parte, sino de aquellos con quien tratas y vives, que darán ocasión á tu confesor para que te diga no comulgues tan á menudo. Por ejemplo: si tú te hallas debajo de alguna sujeción, y aquellos á quien debes la obediencia y reverencia son tan mal instruídos y sospechosos que se inquietan y alborotan en verte comulgar tan á menudo, por ventura, considerado bien, será lo mejor condescender con su gusto y no comulgar sino de quince en quince días, entendiendo esto en caso que no se pueda de ninguna manera vencer la dificultad. No se puede quitar esto en general; sólo se ha de hacer lo que el confesor aconsejare. Bien es verdad que puedo asegurar que la mayor distancia de las comuniones es la de mes á mes entre los que quieren servir á Dios devotamente. Si fueres prudente, no hay ni padre ni madre que puedan estorbarte el comulgar á menudo; y esto porque el día de tu comunión no por eso te olvidas del cuidado ordinario de tus obligaciones según tu estado, mostrándote antes más apacible y afable con tus padres, superiores ó

(1) B. Raym. de Capua. *Vita S. Cath. Sen.*, part. II, c. xvii.

amos, no rehusándoles ninguna suerte de justa petición que te hagan; con lo cual no hay apariencia de que quieran apartarte de ejercicio tan virtuoso, viendo que no les trae ninguna incomodidad, si no es que fuesen de un natural por extremo áspero y poco llegado á razón; y en este caso (como ya te he dicho), aconsejaráste siempre con tu padre espiritual, tomando tu resolución de la que él te diere.

Habré de decir una palabra á los casados. Hallaba Dios malo en la ley vieja que los acreedores pidiesen lo que se les debía en los días de fiesta (1); pero no hallaba malo que los deudores pagasen y volviesen lo que debían á sus acreedores. Cosa es indecente (aunque no gran pecado) el solicitar la paga de la deuda nupcial el día que se comulga, pero no es cosa mal sonante, antes meritoria, el cumplirla; y así por esto ninguno debe dejar de comulgar porque rinda la paga de la tal deuda, si la devoción le provoca á este justo deseo. En la primera Iglesia los cristianos comulgaban todos los días, aunque fuesen casados y benditos de la generación de los hijos. Por esto, pues, he dicho que la frecuente comunión no traerá ninguna suerte de incomodidad ni á los padres, ni á las mujeres, ni á los maridos, con que el alma que comulga sea prudente y discreta. Quanto á las enfermedades corporales, no hay ninguna que pueda estorbar legítimamente esta santa participación, si no es la que muy de ordinario provoca al vómito.

Para comulgar cada ocho días conviene no tener ni pecado mortal ni ninguna afición al pecado venial,

(1) Deut. xv, 1-3.

y tener un gran deseo de la comunión; mas para la continuación de cada día es menester, además de esto, haber rendido la mayor parte de las malas inclinaciones, y que esto sea (como tengo dicho) por el aviso del padre espiritual.

## CAPÍTULO XXI

### CÓMO SE HA DE COMULGAR.

Comienza la noche precedente á prepararte á la santa comunión por diversas aspiraciones y salidas de amor, retirándote un poco más temprano para que así te puedas levantar más de mañana; y si despertares en la noche, hinche luego tu corazón y tu boca con algunas palabras de adoración, por cuyo medio tu alma quede perfumada para recibir al Esposo, el cual, velando mientras tú duermes, se prepara á traerte mil gracias y favores, si es que de tu parte estás dispuesta á recibirlos. Levántate á la mañana con grande alegría por la buena suerte que esperas; y habiéndote confesado, ve con grande confianza y una grande humildad á recibir esta vianda celeste, la cual te alimenta á la inmortalidad. Y después que habrás dicho las palabras sagradas: *Señor, no soy digna* (1), no muevas más tu cabeza ni tus labios, sea para rezar ó sea para suspirar; sino abriendo mansa y medianamente tu boca y levantando tu cabeza lo necesario para que el sacerdote vea

(1) S. Mateo, VIII, 8.

lo que hace, recibe llena de fe, esperanza y caridad aquel, el cual, al cual, por el cual y para el cual tú crees, esperas y amas. ¡Oh Filotea! como la abeja, habiendo recogido sobre las flores el rocío del cielo y el zumo más exquisito de la tierra, y habiéndolo reducido á miel, lo lleva á su colmena, así el sacerdote, habiendo recogido sobre el altar al Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios, que como un rocío descendió del cielo, y verdadero hijo de la Virgen, que como flor salió de la tierra de nuestra humanidad, lo vuelve en vianda de suavidad dentro de tu boca y dentro de tu cuerpo. Habiéndole, pues, recibido, excitarás á tu corazón á que rinda las debidas gracias á este Rey de salud, tratando con él de tus negocios interiores. Harásle, en fin, todo el mejor acogimiento que te será posible, portándote de suerte que se conozca en todas tus acciones que Dios está contigo.

Cuando no pudieres gozar este bien de comulgar realmente en la santa Misa, comulga á lo menos de corazón y de espíritu, uniéndote por un ardiente deseo á esta carne vivificante del Salvador.

Tu principal intención en la comunión debe ser el adelantarte, fortificarte y consolarte en el amor de Dios, porque debes recibir por amor lo que el solo amor te hace dar. No puede el Salvador ser considerado en una acción más amorosa ni más tierna que esta, en la cual se aniquila (por manera de decir) y se reduce á vianda para penetrar nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgas tan á menudo, respóndeles que es por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por li-

brarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones y por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque hallándose bien dispuestos, harían muy mal de no llegarse al manantial y fuente de perfección; los imperfectos, para poder juntamente pretender la perfección; los fuertes, para que no se debiliten; los débiles, para que se fortifiquen; los enfermos, para que sanen, y los sanos para que no enfermen; y que cuanto á ti, como imperfecta, débil y enferma, has menester comunicar á menudo con quien es tu perfección, tu fuerza y tu médico. Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar á menudo, por cuanto tienen comodidad, y los que tienen muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad; y que aquel que trabaja mucho y está cargado de penas, debe también comer viandas sólidas y á menudo. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender á bien recibirle; porque es casi imposible el hacer bien una acción no habiéndola ejercitado muchas veces.

Comulga á menudo, Filotea, y lo más á menudo que pudieres, con el aviso y parecer de tu padre espiritual; y créeme que las liebres en invierno, y en medio de nuestras montañas, se vuelven blancas; y esto porque no beben ni comen sino sola nieve (1). Y á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este divino Sacramento, tú también te volverás perfectamente hermosa, perfectamente buena y perfectamente pura.

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. VIII, c. LV (al LXXXI).

*Srita. Felicitas Lozaya*

PROFESORA DE CANTO.

## TERCERA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

EN LA CUAL  
SE CONTIENEN MUCHOS AVISOS NECESARIOS  
AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

### CAPÍTULO PRIMERO

DE LA ELECCIÓN QUE SE DEBE HACER CUANTO AL EJERCICIO  
DE LAS VIRTUDES.

El rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo. Así, la caridad no entra jamás en un corazón que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en obra, como hace un capitán á sus soldados; pero no las ejercita todas de una vez, ni igualmente, ni en todos tiempos ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el cual da su fruto á su tiempo (1), por cuanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna y enfadosa en un luto ó entierro, dice el pro-

(1) Salmos, 1, 3.